

Andrés Gallardo B.*

LINGÜISTAS, LITERATOS, ACADÉMICOS**

1. Ser invitado a incorporarse a la Academia Chilena de la lengua es una distinción que me honra como hispanohablante y que acepto y agradezco con alegre modestia y sin reticencia alguna. Más allá de los méritos que pueda yo tener, quiero pensar que se trata de un nuevo reconocimiento a la Universidad de Concepción y muy en especial al Departamento de Español, del cual la Academia ha distinguido a colegas y amigos como Luis Muñoz y Adalberto Salas, cuya partida todavía lloramos, y al profesor Mario Rodríguez, académico en plena actividad.

La circunstancia ceremonial de la sesión pública y solemne con que la Docta Corporación señala el ingreso de un nuevo miembro habrá de ser también circunstancia propicia para explicitar algunas reflexiones acerca del sentido y la

* Universidad de Concepción.

** Discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Lengua como miembro correspondiente en Concepción, en sesión pública y solemne del 20 de abril de 2001.

función de una academia de la lengua, las que durante décadas sólo han sido alusión marginal en algún trabajo publicado o tema de conversación entre colegas y amigos.

2. *La Academia, la lengua y los hablantes.*

Muchas veces los profesores de castellano escuchamos la pregunta de estudiantes, de otros profesionales, de personas interesadas en cuestiones relacionadas con el lenguaje: ¿Pero para qué sirve la Academia de la Lengua? Y la respuesta ha sido sistemáticamente ambigua, porque, después de todo, ¿para qué sirve una academia de la lengua?¹ Y ahora, inminente miembro de la Corporación, la pregunta se complica, pues no sólo ha de preguntarse uno mismo para qué esto de la Academia de la Lengua, sino algo mucho más comprometedor: ¿qué hace un lingüista, y un lingüista de Concepción de Chile, en la Academia?.²

Desde niños teníamos noticia de algunas de las obras de la Real Academia de la Lengua y todas esas noticias nos hacían percibirla como una institución lejana y ajena. Lejana, porque alguna vez consultamos un diccionario que sancionaba la existencia de palabras que creíamos vitalmente de todos, entregando unas definiciones más misteriosas que las palabras mismas; lejana también porque algunas vez hojeamos una gramática que entregaba normas de bien hablar con la melancólica certeza de que ni los mismos normadores las iban a seguir; lejana porque decretaba formas de escribir detrás de

¹ El trabajo, aunque ya algo antiguo, de Guitarte y Torres Quintero (1974), sigue siendo uno de los más serios intentos de explicar –y explicarse– la función de las academias de la lengua en Latinoamérica, sobre todo en lo que al proceso de corrección idiomática se refiere.

² El discurso de incorporación de la Academia Chilena de Ambrosio Rabanales, de quien prácticamente todos los lingüistas chilenos somos directa o indirectamente discípulos, y a quien tanto debemos todos, se hace cargo de este sentimiento encontrado de hacerse parte de la Corporación (Rabanales, 1992). Por cierto, don Ambrosio ha reconocido los profundos cambios de actitud de los académicos, sobre todo españoles, y su valoración del aporte de la lingüística.

las cuales percibíamos más un regocijo cruel que un deseo de hacer de la escritura un práctica culturalmente relevante; y ajena, porque más de una vez llegamos a sentirnos advenedizos en nuestro propio idioma, al ver que el “español de América” parecía ser un engendro más digno de curiosidad que de vigor comunicativo. Esta actitud negativa se exacerbó en los años universitarios, donde aprendimos a mirar con suma reticencia el trabajo, sobre todo gramatical, de la Real Academia Española, tildándolo de logicista y preceptivo, cosas ambas que la joven lingüística descriptiva anatematizaba con entusiasmo digno de la Santa Inquisición.³

En los albores del siglo veintiuno, cuando la dinámica de la actividad académica es ciertamente otra, las observaciones anteriores podrán aparecer, si no infundadas, al menos prejuiciosas. He querido traerlas a cuenta, sin embargo, porque bastante tenían de justificadas y, sobre todo, porque ayudan a entender y a poner en perspectiva importantes cambios de actitud.⁴

La Real Academia Española de la Lengua, fundada a comienzos del siglo dieciocho, ha llevado desde entonces la marca de las circunstancias en que se ha venido desarrollando. Para nuestro propósito, es relevante afirmar lo siguiente: más allá de la coyuntura histórica que le dio inicio, la Real Academia Española nació, como legataria de la preclara estirpe del maestro Nebrija, al servicio de la lengua, esto es, como una institución dedicada al estudio de la lengua con el fin de poner a disposición de los hablantes su gramática,

³ Rabanales (1965) analiza con frialdad –y ciertamente con poca simpatía– lo que llama los “fundamentos de la gramática académica”. Se muestra particularmente crítico con el enfoque normativo, “principio de autoridad tan coloreado de absolutismo” (p. 271) y, confiado en la calidad humana y profesional de académicos como Menéndez Pidal, Gili y Gaya y Lapesa, hace votos para que tal actitud cambie.

⁴ Rafael Lapesa (1996) ha expuesto con erudición y sensibilidad, y desde dentro, la evolución del pensamiento académico. (Ver esp. el artículo “La Real Academia Española: pasado, realidad presente y futuro”, pp. 221-237.)

su léxico, una manera arraigada de escribir, y las obras de los escritores más asentados y representativos. Así por ejemplo, publicó muy pronto una obra monumental como es el *Diccionario de la Lengua*, llamado luego "*Diccionario de Autoridades*", porque cada definición estaba basada en citas de autores relevantes. Este rasgo no es anecdótico sino extraordinariamente importante, pues nos muestra que para la Academia las palabras existían porque de hecho ciertos autores de prestigio las habían usado de cierta manera. Ello significa que el léxico se concebía como una entidad arraigada y que las verdaderas autoridades eran los hablantes culturalmente caracterizados y que la Academia era sólo un testigo privilegiado de este hecho y que su función era poner ese léxico así sancionado a disposición explícita de la comunidad hablante, o sea, que la Academia estaba al servicio del idioma de todos. Similar espíritu informa la *Gramática* y la *Ortografía* publicadas durante el siglo dieciocho.⁵

Y en esta misma vocación de estudio de la lengua y servicio a los hablantes comenzó a trabajar, a comienzos del siglo diecinueve, un intelectual hispanoamericano: don Andrés Bello. Bello inició su labor publicando unos trabajos extraordinariamente sensatos acerca de una posible reforma de la ortografía, luego publicó unos estudios acerca de la conjugación y útiles observaciones, para maestros y padres, acerca de usos idiomáticos puntuales, para culminar, a mediados de siglo, con su magistral *Gramática de la Lengua Castellana destinada al uso de los americanos*.⁶

⁵ Las principales obras publicadas por la Real Academia durante el siglo XVIII son el famoso *Diccionario de Autoridades* (1726 a 1739), la *Ortografía* (1741, reformulada de modo bastante profundo en 1844) y la *Gramática* (1771). Es importante señalar que estas obras, que hoy nos parecen hasta curiosas, fueron en su tiempo manifestación sólida del estado del conocimiento lingüístico de la Ilustración. Con relación a la *Gramática* de 1771, es relevante el estudio de Sarmiento (1984).

⁶ La *Gramática* de Bello es de 1847 y ha sido objeto de múltiples estudios, todos los cuales ponderan su extraordinaria concepción de la lengua como sistema de

Paralelamente, con la Real Academia Española sucedía algo que marcó su quehacer por bastante tiempo, y es que la Docta Corporación empezó a dejar de ser estudiosa de la lengua y servidora de los hablantes, para ir transformándose en detentora de la autoridad. Desde luego, en el *Diccionario* desaparecieron las citas de autores, con lo que se nos estaba diciendo que si las palabras existen, es porque se consignan en el diccionario; como quien dice, “las palabras existen con tal significado porque lo digo yo”. Una consecuencia de ello es la creencia, todavía presente, de que si una palabra no figura en el diccionario, de hecho no existe. Con la obra gramatical ocurrió algo similar, pero más grave: primero, la *Gramática de la Lengua Española* de la Real Academia se hacía cargo sólo del uso escrito de los literatos del pasado, y en una perspectiva española (de hecho, se hacía cuestión de ignorar aun los más sensatos aportes de Bello), y con una actitud claramente legislativa, pues la gramática se transformó en una serie de normas obligatorias, oficiales, justificadas con una doctrina rígida que tampoco admitía discusión, pues se declaró también oficial.⁷ La Real Academia Española se erigía de este modo en algo así como un gendarme del idioma, y la actividad de lexicógrafos y gramáticos en un trabajo más policial y

signos, así como su capacidad descriptiva. Se ha dicho que Bello es un innovador prácticamente en todos los aspectos, lo que no es del todo cierto, pues en más de un caso, lo que él hace es volver a las raíces, o sea, al espíritu pionero del maestro Nebrija, cuya *Gramática* es de 1492. (v. Gallardo 1985, para una descripción de la dimensión cultural de la gramática.) Los estudios ortográficos de don Andrés, y las propuestas de reforma, son anteriores a su *Gramática*, pues los primeros son de 1823, en la época de Londres. Así reflexionaba: “Entre los medios no sólo de pulir la lengua, sino de extender y generalizar todos los ramos de ilustración, pocos habrá más importante que el de simplificar su ortografía, como que de ella depende la adquisición más o menos fácil de los dos artes primeros, que son como los cimientos sobre que descansa todo el edificio de la literatura y de las ciencias: leer y escribir” (Bello, 1951 [1823], pp. 71-72).

⁷ González Pizarro (1995) ha estudiado el proceso de enseñanza de la gramática en Chile durante el siglo XIX, explicando el peso de la doctrina de la Academia y la influencia de las enseñanzas de Bello.

patriótico que de estudio y servicio. Se entenderá ahora por qué comencé aludiendo a una Academia ajena y lejana.⁸

También señalé arriba que las cosas han cambiado mucho, y para bien, lo que justifica que un lingüista, y un lingüista de Concepción de Chile, pueda mirar con entusiasmo su ingreso a la Academia, no sólo como un honor, sino como una invitación a sumarse a un grupo de trabajo en una empresa que tiene sentido. La Real Academia Española de la Lengua, y por cierto la Academia Chilena de la Lengua, han hecho esfuerzos importantes, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo veinte, por volver al origen, en el mejor sentido, esto es, insistamos, a plantearse como una institución de estudio de la lengua y de servicio a los hablantes. Primero, se ha entendido, de parte de la Real Academia Española, que la lengua castellana, si bien encuentra su raíz en la Castilla medieval, no puede seguir considerándose un idioma generado por españoles para decir cosas de interés para españoles en una perspectiva española, y que corresponde a los españoles decir cómo habrá de usarse, sino que se trata de una lengua internacional estandarizada, en la cual, cimentados en un origen cultural común, establecen una compleja red de interacción naciones y grupos de personas de orígenes étnicos, hechuras e intereses culturales sumamente diversos. Segundo, la Academia ha retomado con brío renovado su condición de institución estudiosa del idioma. Así, vemos cómo se va renovando la gramática, tanto desde el punto de vista del entramado teórico, como de los tipos de usos idiomáticos que

⁸ Para comprender en la práctica los cambios de actitud de la Real Academia, resulta particularmente ilustrativo confrontar la *Gramática* de 1931, decididamente logicista y autoritaria, con el *Esbozo* de 1974, del cual se afirma que “carece de toda validez normativa” (Real Academia 1974: 5). Igualmente interesante es el más reciente enfoque de la ortografía propuesto por la Academia, donde la Docta Corporación ya se hace cargo de modo explícito del hecho de que la lengua es un patrimonio común de todos los hablantes, más allá de nacionalidades u orígenes, al señalar que “los detallados informes de las Academias [hispanoamericanas y filipina] han permitido lograr una *Ortografía* verdaderamente panhispánica” (Real Academia 1999: XIII).

se tienen en cuenta; vemos también cómo se trabaja intensamente en la reformulación del diccionario; esperamos ver que se termine de abordar en este espíritu el problema de la ortografía. La Academia Chilena, junto con trabajar, en coordinación con las demás academias, en las áreas mencionadas, se preocupa de ir informando a los hablantes acerca de cuestiones de su competencia. Vemos también que ya no es una rareza que haya lingüistas en el seno de la Academia, pues ello es consecuencia natural de este nuevo espíritu de responsabilidad profesional con que se abordan las cuestiones idiomáticas. La Academia ha dejado de ser una escuela de gendarmería idiomática. Así pues, un lingüista puede decir que está en la Academia de la Lengua simplemente porque corresponde.

3. *La Academia y la literatura.*

Así como en el punto anterior partíamos haciéndonos cargo del sentido que tiene la Academia de la Lengua y de la razón de ser de la presencia de lingüistas en ella, veamos ahora un segundo punto que suele plantearse con relación a la actividad de la Corporación. Muchas personas piensan que la Academia es un albergue de literatos, especialmente de literatos tradicionales. Se piensa, así, que el ingreso a la Academia es un premio que reciben algunos escritores muy pulcros y que no entraña obligación alguna, salvo hacer de la pulcritud idiomática una forma, quizás ejemplar, de ir por la vida. Dejemos sin respuesta esta última observación, pero ahondemos en sus raíces, porque alguna justificación ha de tener. Y, de hecho, la tiene. Sucede que la gramática, ya desde sus inicios occidentales entre los retóricos griegos, ha tenido que ver con la lengua escrita. Las primeras academias europeas se preocuparon sobre todo de la escritura y de los textos escritos y, entre ellos, de los textos que constituyen lo que tradicionalmente llamamos literatura. La preservación del patrimonio literario ha sido vocación central de la mayor parte de los académicos tradicionales. Se ha llegado, incluso, a

proponer el uso de la literatura tradicional como el uso ejemplar para los hablantes comunes y corrientes. No es, pues, de extrañar que se vea un sillón en la Academia como culminación de una carrera literaria.

Surgen de lo anterior dos situaciones que han generado, y siguen generando, algún grado de confusión en la comunidad hablante culta. Primero, el hecho de que una persona sea un buen escritor no lo convierte necesariamente en experto en cuestiones lingüísticas y tampoco en experto en cuestiones de historia y teoría literarias, sino sólo en un hábil practicante de la lengua escrita. Pero hay algo más de fondo: decíamos que la preocupación central de las academias ha sido la literatura. Dejando de lado el hecho de que para la Real Academia Española la literatura solía ser considerada un legado patriótico cuya custodia le estaba encomendada, el punto crucial, como ya hemos señalado, es que se ha considerado la actividad literaria como una actividad idiomática privilegiada que alcanza el rango de producto ejemplar para toda la comunidad hablante culta.⁹ Felizmente, estamos aquí frente a un caso característico de que aquellos que con más ahínco predicán son quienes con menos convicción practican. Quiero decir que el buen sentido ha hecho que los hablantes cultos y razonables, sin que hayan tenido que decírselo los lingüistas, han sabido siempre que una cosa es hablar y otra escribir, y que una cosa es escribir para comunicar algo y otra es escribir para crear un texto literario que genere su propia forma de autonomía. De este modo, queda zanjada la cuestión de las relaciones entre una academia de la lengua y la actividad literaria: por un lado, la Academia, en lo que al uso de la lengua se refiere, no se preocupa más de la actividad literaria que de la actividad periodística, o la actividad política, o la actividad científica, o la actividad pedagógica, o la actividad de los mismos académicos, siempre y cuando sea pública; por

⁹ Wagner (1989), entre nosotros, ofrece una discusión interesante acerca del problema de la literatura como fuente de ejemplaridad idiomática, así como una proposición para la enseñanza de la lengua en la enseñanza institucionalizada.

otro lado, la actividad literaria es, por su naturaleza misma, inquieta, rebelde, enemiga de preceptos, dada a equilibrarse en las fronteras de lo permitido.

4. *Lingüística en el poema.*

Con relación al lugar de la literatura en las preocupaciones específicas de una institución dedicada al estudio de la lengua, hay un punto que me parece de suma importancia y que quisiera abordar brevemente para redondear mis planteamientos. Se trata del hecho tan simple como crucial de que la literatura es un hecho de lenguaje; un poema se hace con palabras. Y hay algo más: el lenguaje, junto con ser un instrumento de comunicación, y tal vez como condición para ello, es un instrumento del conocimiento, un principio elemental de apropiación del mundo a través de la organización de la experiencia. Quiero decir que sólo podemos hacer comunicable aquello que, en nuestro sistema cognitivo, ha tomado forma intelectualizada, en palabras organizadas en enunciados de acuerdo con un tipo de condicionamiento que llamamos gramática. Como se viene diciendo desde hace mucho, sólo forma parte de nuestro patrimonio consciente aquello que articulamos en lenguaje. Hablar resulta ser así un acto de inteligencia y de creatividad. Hemos señalado ya que la literatura es un hecho de lenguaje; agreguemos que, de alguna manera, es un hecho privilegiado de lenguaje, pues concentra y rezuma la capacidad de generar textos que por algún motivo se establecen como una forma de hito cultural, al movilizar con un grado de especial luminosidad creativa los recursos expresivos latentes en la lengua.

Entre las diversas formas que asume la literatura, hay una que, para nuestros propósitos, es excepcional. Me refiero a la poesía. Los antiguos llamaron vate al poeta, poniendo de manifiesto su capacidad de ahondar en los misterios de la vida, al extremo de atisbar el porvenir. Los años me han

enseñado que no les faltaba razón a los antiguos. Si el lenguaje tiene que ver con el conocer, si la lengua es un legado humano de lucidez, la poesía, como arte de lenguaje, es una exacerbación de la lucidez engastada en el lenguaje. Un poema puede ser, entre otras cosas, un ejercicio de clarividencia cultural.

En trabajos anteriores he procurado mostrar cómo muchos de nuestros poetas hispanohablantes han ejercitado su penetración cognoscitiva en sus poemas mismos y no solo en su reflexión explícita. He llamado la atención sobre el hecho de que es ya una tradición entre nosotros el hacer en el propio poema, o sea, mediante el lenguaje poético, planteamientos profundos y novedosos acerca de la estructura y funcionamiento del lenguaje mismo. Así como hay poemas sobre la poesía –los llamamos “arte poética”– también hay poemas sobre el lenguaje. Tal sucede, por ejemplo, en textos memorables de Pedro Prado, Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén, Pablo Neruda, Jorge Luis Borges, Octavio Paz.¹⁰

Yo quiero terminar esta presentación refiriéndome a un poeta contemporáneo nuestro, muy estimable por muchos motivos, y lo más ajeno, si cabe, a una academia de la lengua. Me refiero a Enrique Lihn, quien hizo de la reflexión acerca del sentido de la cultura, acerca de la poesía, acerca del lenguaje de la poesía, acerca de su propia actividad creadora, una continua y obsesiva y penetrante y dolorosa lucha.

La reflexividad, o más precisamente una forma de autoreflexividad, es un rasgo exacerbado en la obra escrita de Enrique Lihn, al extremo de constituirse en fundamento de su mundo poético (Zapata, 1994). De hecho, su producción

¹⁰ Bajo el título, precisamente, de “lingüística en el poema”, intento un análisis del poema de Jorge Guillén “Los nombres” entendido como expresión de una teoría del lenguaje, concretamente, una descripción del proceso de significar (Gallardo, 1991); y en un trabajo más reciente intento explicitar la profunda comprensión del lenguaje que tenía Octavio Paz, para lo cual me refiero en especial a su impactante texto “Semillas para un himno” (Gallardo, 1999).

reflexiva explícitamente intelectualizada (artículos críticos, ensayos, reflexiones literarias y culturales, textos programáticos)¹¹ es incluso más extensa que su obra propiamente poética. Lihn es un escritor obsesionado con la racionalidad, con la investigación de los fundamentos de su producción literaria y con la comprensión de las circunstancias culturales en las cuales ésta se desarrolla.

Por cierto, no sorprende que un hombre de la cultura de Enrique Lihn tenga una clara conciencia de que el lenguaje es la materia elemental de la poesía, que comprenda muy bien aspectos centrales de la naturaleza del lenguaje, así como que conozca en profundidad su propia lengua y su desarrollo histórico. Especialmente importante es su comprensión de la estructura y funcionamiento del lenguaje poético. Conoció bien las elaboraciones teóricas de su momento, sobre todo las de los estructuralistas, y las supo asimilar e integrar con sensibilidad y sagacidad. Así reflexiona, por ejemplo, acerca de la relativa autonomía del lenguaje poético:

La función poética del lenguaje (que no lo sustrae a los menesteres prácticos pero que postula la existencia de un lenguaje poético autosuficiente en el sentido de su especificidad) es una realidad que puede llegar a ser una fuerza de resistencia de la literatura al orden de la represión establecida. Un lenguaje que no se deja penetrar y/o anular por la jerga dominante es de por sí, por su sola materialidad irreductible, un opositor. (Lihn, 1997, p. 466; de "Literatura, el lugar del sentido", texto inédito de ca. 1977)

En el terreno de la reflexión acerca de estas cuestiones, quizás la elaboración más conocida de Lihn tiene que ver con la noción de "poesía situada", es decir, un enfoque de la actividad poética concebida en íntima relación con su entorno

¹¹ Lo más significativo de la obra reflexiva y crítica en prosa de Lihn ha sido recogido en volumen por Germán Marín con el título, también significativo, de *El circo en llamas: una crítica de la vida* (Lihn, 1997).

social. Mauricio Ostría, entre nosotros, ha indagado con especial acierto en este aspecto de la producción del poeta, al referirse a la “poesía situada, que Lihn visualiza como opuesta a la ‘poesía poética’. Y es que la poesía lírica tradicionalmente ha sido concebida como un lenguaje más autónomo, menos necesitado de entornos y, por lo mismo, más universal.” (Ostría, 1992, p. 51). (Para una visión del propio poeta sobre el particular, son básicas sus declaraciones en “Conversaciones” con su amigo Pedro Lastra (Lastra, 1990), especialmente el capítulo “En los alrededores de *La pieza oscura*”).

Al mismo tiempo que postula –y practica– una poesía situada, Lihn es particularmente consciente del carácter altamente autónomo del lenguaje poético, de la “poesía con poemas, ...una especialización del lenguaje, no ...la poesía en el amplio y confuso sentido de la palabra”. (Lihn, 1997, p. 356/7; de “Autobiografía de una escritura”, texto de 1967). Este lenguaje poético, de algún modo, representa una suerte de decantación de las propiedades del lenguaje sin más, particularmente en cuanto éste es, por un lado, producto de la inteligencia y la libertad humanas, pero al mismo tiempo es un sistema de reglas, o sea, de imposiciones y condicionamientos al acto comunicativo. Así, se postula el acto de cifrar el poema, hecho, insistamos, de lenguaje, como un acto de lucidez que se mueve entre los polos de la apertura y de la restricción, en el sentido de que gracias al lenguaje tenemos la libertad de concebir hasta lo imaginable, pero sólo en la medida en que podamos articularlo dentro de los parámetros de la gramaticalidad: “... prisionero de las palabras, y gracias a ellas, el poeta goza de la lengua poética como de una libertad encadenada.” (Lihn, 1997, p. 405; de Prólogo a *Versos y años, álbum de toda especie de poemas*, de 1989).

Pero mucho más interesante, para comprender y valorar la hondura del pensamiento de Enrique Lihn acerca del lenguaje, que rastrear en su producción ensayística o en los asedios de que ha sido objeto por parte de la crítica, es indagar en su producción poética propiamente dicha, y descubrir

cómo, en algunos poemas, ha sabido poner de manifiesto aspectos centrales del complejo y dinámico funcionamiento del lenguaje humano. Lihn ha ejercido, con profundidad y finura, lingüística en el poema. Especialmente vitales son sus planteamientos acerca de un hecho antropológicamente crucial con relación al lenguaje, cual es su carácter de institución exclusiva y definitivamente humana. El lenguaje, instalado en el centro neurálgico del existir humano, no es un soplo divino ni un mero proceso bioquímico. Si bien tiene repercusiones éticas, no es en sí mismo ético, sino semántico (logos semántico, no logos apofántico, diría Coseriu). Es historia, es encarnación de una tradición cultural, es principio de identidad individual, a condición de ser articulación intelectualizada de la experiencia acuñada en el grupo. Es, por ello mismo, un último refugio de salvación cuando, por circunstancias diversas, las demás instituciones o las interacciones intelectuales o afectivas parecen fallar.

Veamos cómo estas ideas aparentemente embrolladas y, en todo caso, no “poéticas”, pueden cuajar en el poema concreto. Tomemos un texto de uno de los primeros libros de Lihn, el poema “Porque escribí”, de *La musiquilla de las pobres esferas* (Lihn, 1969). Por cierto, “Porque escribí” es, fuera de toda duda, un extraordinario poema, y puede y debe ser leído y valorado como tal. Pero también, y sin desconocer lo anterior, puede ser leído como una manifestación cultural de la cual emana una visión interesante del lenguaje humano, y sólo esto es lo que aquí se pretende poner de manifiesto. No en balde “Porque escribí” es quizás el texto más antologado del poeta; de hecho, hallamos en él, junto a una hondura lírica excepcional, una manifestación también excepcional de su lucidez reflexiva y la lectura se enriquecería sobremanera al integrarlo en una visión totalizadora de su producción. Por cierto, como se trata de un poema, el componente reflexivo que en él se da no forma necesariamente un cuerpo doctrinario con el resto de los poemas del autor y más de algún poema posterior puede contradecirlo en algún aspecto, como

acertadamente apunta Adriana Valdés (1996 a).¹² Dentro de nuestro enfoque parcial, hallamos en “Porque escribí” dos dimensiones que se desarrollan simultáneamente: por un lado, el poema expone una teoría del lenguaje, o sea, una descripción y una explicación de hechos, si bien elaborada metafóricamente, como corresponde al lenguaje poético, pero teoría al fin; y por otro lado, hallamos que el poema mismo, en su estructura interna y en sus interrelaciones significativas, se constituye en una alegoría del lenguaje.

El texto se abre remitiendo a la estructura del coloquio, esto es, como una instancia dentro de una continuidad de interacción, al mismo tiempo que introduce su tema central, el hacer poético. Notemos también cómo, desde el comienzo, el lenguaje del poema se desdobra remitiendo al lenguaje como soporte de toda reflexión y como refugio último de intimidad personal y creadora:

“Ahora que quizás, en un año de calma,
piense: la poesía me sirvió para esto:
no pude ser feliz, ello me fue negado,
pero escribí.”

Luego, con sorprendente clarividencia, el poeta nos lleva a un punto central de la funcionalidad del lenguaje, como es el

¹² De hecho, Enrique Lihn escribió muchos poemas que tienen como tema explícito cuestiones de lenguaje, y más de uno de ellos parece, si no contradictorio, bastante diferente de “Porque escribí”, pues no estamos en presencia de un sistema de filosofía del lenguaje ni de una teoría lingüística, sino de un mundo poético que se construye con inteligencia intuitiva, controlada, es cierto, por una enorme solidez cultural. Hasta en su último trabajo, “Diario de muerte” recurre en Lihn la preocupación por el tema del lenguaje, y así hallamos afirmaciones como que “Las palabras que usamos para designar esas cosas [dolor, desesperación] están viciadas./ No hay nombres en la zona muda” (Lihn, 1989: 13). Adriana Valdés, junto con poner de manifiesto el carácter desgarrador de los poemas de “Diario de muerte”, ha señalado la persistencia del carácter reflexivo que marcó hasta el fin la obra de Lihn: “Los poemas que componen este libro, escrito en trance de muerte, van siguiendo las reflexiones de un hombre desahuciado y lúcido, que ve aproximarse a la muerte y desde esta óptica gira a la vez al pasado –toda una revisión de vida– y al futuro, opaco, ‘un espejo lleno por fin de su nada’” (Valdés, 1996 b: 178).

hecho de que es una forma de apoderarse del mundo, pero sólo en términos, como ya señaláramos, semánticos y no ontológicos, una forma descrita como “ilusión”, con la estupenda metáfora de las flores ácidas, pero flores al fin, pan pobre, pero pan al fin, siempre entre los extremos de las aspiraciones humanas, entre la aparente inutilidad de lo bello y el encanto de lo enjundioso:

“Pero escribí: tuve esa rara certeza,
la ilusión de tener el mundo entre mis manos
—¡qué ilusión más perfecta! Como un cristo barroco
con toda su crueldad innecesaria—.
Escribí, mi escritura fue como la maleza
de flores ácidas pero flores al fin,
el pan de cada día de las tierras eriazas:
una caparazón de espigas y raíces.”

El acto de comunicarse mediante la lengua tiene también, en efecto, mucho de juego; asumimos una ilusión de poseer los referentes de nuestros mensajes sabiendo que no es más que una ilusión, y que sin embargo es lo único que podemos poseer. De ahí la melancolía y el embeleso:

“De la vida tomé todas estas palabras
como un niño oropel, guijarros junto al río:
las cosas de una magia, perfectamente inútiles
pero que siempre vuelven a renovar su encanto.”

El poeta toca ahora con seguridad cuestiones quemantes en cualquier teoría de la comunicación lingüística: de hecho, ejercemos el acto de plasmar enunciados, pero sabemos que la comunicación plena no existe, que es una tenue brisa entre dos soledades. El lenguaje, insistamos, es el centro de lo humano —es trabajar con la muerte pero al mismo tiempo robarle sus secretos—. Y así como tampoco existe la verdadera comprensión del ser último de la realidad, el poeta entiende que no existe otro modo de aproximarse a ella que no sea articulando la experiencia en palabras. El río, como metáfora del lenguaje, es el lazo posible entre nuestro hablar (o

escribir), meras gotas, y la inmensidad del mar. De algún modo, en un mero gesto comunicativo cabe todo el lenguaje:

“La especie de locura con que vuela un anciano
detrás de las palomas imitándolas
me fue dada en lugar de servir para algo.
Me condené escribiendo a que todos dudaran
de mi existencia real
(días de mi escritura, solar del extranjero).
Todos los que sirvieron y los que fueron servidos
digo que pasarán porque escribí
y hacerlo significa trabajar con la muerte
codo a codo, robarle unos cuantos secretos.
En su origen el río es una veta de agua
—allí por un momento, siquiera, en esa altura—
luego, al final, un mar que nadie ve
de los que están braceándose en la vida.”

Por cierto, el tomar conciencia de que el lenguaje es un sistema de limitaciones y de vastedades, genera una forma de pavor. De hecho, el lenguaje tiene la capacidad de poner de manifiesto nuestra miseria, pero también de señalarnos esa posibilidad de clarividencia que es la conciencia y, en último tiempo, la libertad. El lenguaje, así visto, es el reducto elemental de la inteligencia humana y quizás, también la sola garantía de verdadera libertad:

“.....
porque de la palabra que se ajusta al abismo
surge un poco de oscura inteligencia
y a esa luz muchos monstruos no son ajusticiados.”

Finalmente, el poema nos conduce al hecho quizás más crucial de todos: el lenguaje es, al mismo tiempo, un producto de lo humano y un generador de lo humano; dicho de otro modo, así como el hombre hace el lenguaje, el lenguaje hace al hombre. Por eso, en el lenguaje está lo mejor y lo peor de nosotros, miserias y grandezas. Está todo. Las consecuencias para una teoría lingüística de esta afirmación son decisivas: el

lenguaje es, recordemos al maestro Saussure, el lugar donde se encuentran lo individual y lo social, la posibilidad de disidencia, de desencuentro, y la fuente elemental de identidad; el lenguaje es libertad en la limitación, es limitación pero, a través de ella, vida y apertura. Por ello, como ya se insinuó, el lenguaje, generador de sentidos, puede constituirse en el último refugio de dignidad cuando todo parece perder sentido. Como apunta Correa Díaz (1996: 25), se trata de “una salida, el desafío de asumir que necesariamente por las palabras escritas se logró ser quien se era y sobrevivir, aun muriendo, a la alienación humana.”

Así se entiende el desarrollo de la enumeración final, aparentemente caótica y hasta blasfema: la posesión del lenguaje no nos hace dioses, sino sólo humanos; no nos hunde en miserias ni nos eleva más allá de nuestra condición; no es una opresión, tampoco nos hace verdugos; no nos hace ni más poderosos ni más menesterosos; nos permite saber que odiamos y expresarlo, pero como es solo significación, no desbarata al otro, a lo otro; es nada más ni nada menos que nuestra capacidad de organizar nuestra experiencia al orientarla hacia la comunicación, aun en el ámbito recóndito de la capacidad creativa. Por eso, en último término, redime al dignificar:

“Porque escribí no estuve en casa del verdugo
ni me dejé llevar por el amor de Dios
ni acepté que los hombres fueran dioses
ni me hice desear como escribiente
ni la pobreza me pareció atroz
ni el poder una cosa deseable
ni me lavé ni me ensucié las manos
ni fueron vírgenes mis mejores amigas
ni tuve como amigo a un fariseo
ni a pesar de la cólera
quise desbaratar a mi enemigo.
Pero escribí y me muero por mi cuenta,
porque escribí, porque escribí estoy vivo.”

Mucho más se podría decir de este complejísimo texto lihneano, del que por cierto no he pretendido hacer una exégesis exhaustiva. Sólo he pretendido mostrar cómo el lenguaje poético representa una forma de concentración de la capacidad heurística del lenguaje, una forma preclara de conocimiento tan certera y lúcida, o quizás más, que la del lenguaje científico. En este caso, el poeta ha enfocado la claridad del lenguaje poético hacia el entramado del lenguaje mismo, con resultados sorprendentes por su límpida penetración, ejerciendo así una forma insospechadamente fecunda de lingüística en el poema. El poeta se constituye en un colaborador inapreciable del lingüista, quien puede constituirse en un colaborador paciente del literato. El literato, a su vez, halla en el poeta la más segura fuente para la comprensión del hecho literario, donde la capacidad creativa esplende en la más asentada tradición. Lingüistas y literatos han constituido la fuente principal de las filas de las academias de la lengua; lingüistas y literatos son carne preferente de académicos. Los académicos, constituidos en cultores y guías de las formas más validadas del uso idiomático, hallan en la poesía no necesariamente una norma lingüística ejemplar de vigencia general, pero sí una búsqueda ejemplar de los límites de la capacidad expresiva de la lengua, y por ende, un desafío a su criterio de profesionales del lenguaje. Quizás sea sano, entonces, concluir, por ahora, que lingüistas, académicos y literatos han de inclinarse con cierta sana reverencia ante la poesía y tomar en serio a los poetas.

Referencias

Bello, Andrés. 1951 [1823]. "Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar y uniformar la ortografía en América", en: *Obras completas de A.B. V, Estudios gramaticales*. Caracas, Ministerio de Educación.

- Correa-Díaz, Luis. 1996. *Lengua muerta. Poesía, post-literatura & erotismo en Enrique Lihn*. Providence, Rhode Island (USA), Ediciones Inti.
- Gallardo, Andrés. 1985. "Las gramáticas como apropiación de la lengua", en: *RLA. Revista de lingüística teórica y aplicada*. N° 23, pp. 65-72.
- , 1991. "Lingüística en el poema", en: *Acta literaria*. N° 16, pp. 105-112.
- , 1999. "Octavio Paz, identidad y lenguaje", en: *Logos*, Universidad de La Serena, N° 9, pp. 109-133.
- González Pizarro, José Antonio. 1995. "La gramática castellana en Chile durante el siglo XIX. Aproximación histórico-cultural", en: *El español de América. Actas del IV Congreso Internacional de "El Español de América"*. Santiago, P. Universidad Católica de Chile, pp. 180-194.
- Guitarte, Guillermo L., y Rafael Torres Quintero. 1974. "Linguistic correctness and the role of the academies in Latin America", en: Joshua Fishman (Ed.), *Advances in language planning*. La Haya, Mouton, pp. 315-368.
- Lapesa. Rafael. 1996. *El español moderno y contemporáneo. Estudios lingüísticos*. Barcelona, Grijalbo Mondadori. (Ver esp. "La Real Academia Española: pasado, realidad presente y futuro", pp. 221-237).
- Lastra, Pedro. 1990 (2°). *Conversaciones con Enrique Lihn*. Santiago, Atelier Ediciones.
- Lihn, Enrique. 1969. *La musiquilla de las pobres esferas*. Santiago, Editorial Universitaria.
- , 1989. *Diario de muerte*. Santiago, Editorial Universitaria.

- , 1997. *El circo en llamas. Una crítica de la vida* (Edición de Germán Marín). Santiago, Lom.
- Ostria, Mauricio. 1992. "Enrique Lihn o la desdicha sin respuesta", en: *Revista de crítica literaria latinoamericana*, año XVIII, N° 35, pp. 49-60.
- Rabanales, Ambrosio. 1965. "La gramática de la Academia y el estado actual de los estudios gramaticales", en: *Boletín de Filología de la Universidad de Chile* XVII, pp. 261-280.
- , 1992. "La normatividad académica según el *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*", en: *Boletín de la Academia Chilena*. 70, pp. 37-61.
- Real Academia Española. 1974. *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*. Madrid, Espasa-Calpe.
- , 1999. *Ortografía de la lengua española*. Madrid, Espasa-Calpe.
- Sarmiento, Rafael. 1984. *Introducción a la edición de la Gramática de la lengua castellana de 1771*. Madrid, Editora Nacional.
- Valdés, Adriana. 1996 a. "Lihn, Enrique", en: *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*. Caracas, Monteávila Eds., Biblioteca Ayacucho (2° tomo, pp. 2675-2679).
- , 1996 b. *Composición de lugar. Escritos sobre cultura*. Santiago, Editorial Universitaria.
- Wagner, Claudio. 1989. *Lengua y enseñanza. Fundamentos lingüísticos*. Santiago, Editorial Andrés Bello/Universidad Austral de Chile.
- Zapata, Juan. 1994. *Enrique Lihn: la imaginación en su escritura crítico-reflexiva*. Santiago, Editorial La Noria.